

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

CASTILLA-MADRE

EL DOLOR DE LOS SUYOS

Un pueblo que está enclavado en tierra bastante feraz, un pueblecito pequeño al que atraviesa una carretera por la que de vez en vez pasan veloces los «autos» y que ve cruzar a diario los carros en marcha lenta, ha elevado su voz para pedir piedad, porque la naturaleza ha sido inclémentemente con él, y luego de darle una cosecha escasa ha arrasado sus viñedos que eran una promesa reparadora.

Este pueblo—Peñalba de San Esteban—se dirige a los poderes públicos atemorizado por su desgracia y entristecido al mirar otros días que están cercanos. Las autoridades han temblado ante las vidas de humildad y trabajo, que luego de un esfuerzo duro y largo se apesadumbran viendo sus cámaras y sus bodegas vacías. Aun cuando los predios mostraban su fruto escaso y la llanada que otros años diera para llenar los graneros era mezquina, sus corazones vivían esperanzados ante la cosecha de uva. Doloroso era que la tierra fuera ingrata, que la escasez de lluvias retrasara la sementera y el tiempo no tuviera las bondades que necesita el grano para germinar, pero quedaban las viñas prometedoras de abundancia que acaso trajeran compensaciones.

Un pedrisco pasa por ellas furioso arrancando los racimos que empezaban a negrear, matando toda esperanza y sembrando los campos y las almas de dolor. Ya no queda camino abierto, no puede esperarse; la suerte implacable ahoga todo optimismo y no cabe más que implorar ayuda, pedir a los que imponen los tributos que se acuerden de unos hombres que pasaron el año abriendo surcos y echando en ellos con la semilla el sudor, con el sudor la fe de una compensación, dejando día a día y hora a hora pedazos de su vida en los pejugales, produciendo y labrando sin tregua, siendo sembradores excelsos todo amor para la tierra.

No sabemos si estas voces doloridas se escucharán y si esa vibración honda que llegó de los campos será recogida. De esperar es que se atienda a los que están en desamparo, ya que ni siquiera de altanería usan en su demandá. Nosotros, que hemos sentido cien veces el dolor de estos labriegos entregados a la fatalidad, que hemos visto alzar-

se en nuestro espíritu santas rebeldías ante su vivir miserable, que hemos tenido en los labios un apóstrofe y una crispatura en los puños al mirarles explotados y en abandono, que hemos odiado a los que villanamente arrancan de sus freutes la realeza que nos indignó su condición y su falta de ideales, su pobreza mental y su mansedumbre, sabemos la profundidad de su desventura y el alcance de sus males.

Hoy suplican algo que no haga tan dura su existencia; ellos, que no saben otra cosa que trabajar sin descanso y resignarse, añadiendo un pesar nuevo a los muchos que llenan sus días. No se acordaron de que existían perdidos en el llano o encaramados en la serranía más que para exigirles. Quedaban voluntariamente fuera de toda acción y sus voces no se escuchaban y así iban amasando amargura sobre amargura. De su soberanía hicieron dejación y vendieron sus derechos.

¡Allá quedaban, pobres, con afanes que una nube trunca, un temporal desbarata y un mandarín aprovecha! No se cuida nadie de dar energía a sus intelectos, no les mandaron cultura y pan, trabajo y progreso, les dejaron ser fatalistas sin cuidar de enseñarles y hacer llegar hasta ellos medios racionales de cultivo ni ideas de defensa contra los elementos. ¡Bastante tenían con su rutinarismo, con esperar todo de la altura, con morir lentamente trabajando «de sol a sol», con sus breves alegrías y su misero pasar!

Y así, cuando el cielo mostró esquivez, cuando la naturaleza fué dura, de los poblados llega el vibrar del dolor, el lamento de unos campesinos que ven entrar en su casa la furia de la miseria y miran a lo lejano llenos de congoja.

El pueblo que ahora pide se llama Peñalba de San Esteban. Mañana serán otros aquejados de igual mal sin remedio, empobrecidos, hambrientos, que nos dan una visión de angustia. Y son sembradores y luchan bravamente por su pan. Sólo les falta que hagan siembra de ideales, que caminen, que sean recios del espíritu y acaso entonces no se alcen implorantes, sino que sabrán aprovechar mejor su energía física, sabrán exigir y no serán vidas tan desconocidas y tan miserables.

LUIS HERRERA.

DE REGIONALISMO

Nunca tan pujante como ahora, frente a la inercia política, ha surgido el regionalismo, pidiendo apoyo a la hidalguía, lema de nuestro yo. El predominio suyo se extiende, se afianza en el punto en que todos los abnegados amantes de España se aprestan, en cruzada no menos brava, a defenderlo e instaurarlo.

Anteriormente a esta época, el regionalismo, para quienes no sabían lo que era, ostentaba el plumaje de un airón antipatriótico; le apellidaban separatismo y el sólo nombrarlo constituía un agravio de concepto antiespañol. Pronto hubieron, sin embargo, de desvanecerse semejantes criterios, por carecer de fundamento, por encerrar una aviesa interpretación. La cultura del país sabía que dichas apreciaciones habían sido ideadas por los enemigos de él; por los que no deseaban ese engrandecimiento, esa tan necesitada como necesaria regeneración en cuyo alborar estamos rehaciéndonos nuevamente, preparándonos para lo porvenir. Así este sistema de juzgar, propio de pícaros, ocasionó una indecisión: el noño temor que siempre, entre nosotros ha habido y habrá por las instituciones nuevas y los salvadores ideales que traten de estirpar corruptelas y favoritismo.

En los tiempos que corren, todo está avasallado por las pequeneces políticas del partidismo y la nombradía de unos cuantos; por el influjo y la protección repartidos entre unos satélites sin credo ni ideal; por el egoísmo de unos valores intelectuales, indiferentes, que se llaman próceres y prestigios nacionales, quienes con los mismos programas usados y manifiestos retóricos de sus antecesores, predicán redenciones que nunca llegan ni se implantan.

Así hemos vivido siglos y siglos y así seguimos viviendo; insensibles, sin el arresto de un impulso, de una rebeldía o una decisión. Por tanto, continuar así, en tan peligrosa textura, podrá conducirnos a sombrías complicaciones de carácter grave, mucho más grave que las que padecemos ya. Estábamos en un pleno adormecimiento que debía de cesar y cesó en bien del cambio que deseaba iniciarse. Porque con los procedimientos, con las modalidades arcaicas de encauzar las debilitadas fuerzas del país, sin el entusiasmo, sin el conocimiento, sin la percepción, sin el tacto que evite las turbaciones del orden, percances letales para el equilibrio nacional, las utilidades de los gobernantes resultan que se trocaban en inutilidades para el país.

Permanecían y permanecen aún las regiones desamparadas, sin organización directora, viviendo como hace muchos lustros del venero inagotable de su riqueza interior; pero sin explotar sus frutos, sin prevenirse contra la escasez general que la guerra siembra por todas partes.

La aplicación de las conveniencias regionalistas acarreó gran plenitud de obstáculos; al pie de su manifiesto, plumas alevosas escribieron vocablos crueles. Era precisa, a toda costa, una reacción salvadora, y por su difusión rompiéronse las primeras laizas. Por eso, con la resistencia de la piedra, cerca

de la brecha, unos hombres íntegros, limpios de conciencia, amantes de la cuna donde nacieron y férreos de voluntad velaban. Ya que en las actuaciones de los políticos no había ni equidad ni desinterés, ni beneficiosos aciertos, y en cambio sí preferencias y distinciones injustas, por cuanto que en los repartos de privilegios, mejoras y reformas ya económicas o sociales, pocas alcanzaban a las regiones. De aquí previno en seguida la general unión.

Así, pues, ¿cómo sentirse indiferentes, cómo abandonar, cómo olvidarse del pedazo de tierra querida donde nacimos; de ese pedazo de tierra donde asientase la solariega casa de nuestros mayores; de las calles que nos guardan una evocación de la niñez o de la adolescencia?

Todos esos sentimientos psicológicos y morales troquelaron el Regionalismo; todos esos sentimientos enaltecidos por la hidalguía del deber fueron reclutando partidarios.

Sabiase que los diputados, representantes, a veces no por unanimidad de un núcleo de ciudadanos, iban al Parlamento en calidad de figuras decorativas que afirmaban con la mayoría, o protestaban con la mayoría misma, sin preocuparse de más, cuando precisamente, lo primero que hace falta tener para representar una región, es más talento que dinero, más cerebro que fachenda, más conciencia y sentido práctico de las cosas que no ampulosa palabrería fútil.

Por estas y otras causas, en presencia de tales nulidades la nueva orientación cuajó. Cada región con autonomía limitada se gobernaría por sí sola, pero siempre bajo la tutela de la «madre de todos» y bajo la soberanía administrativa de una gran fuerza mental.

En las mil palancas que los gobernantes tienen que manipular de ese motor del Estado; en los mil problemas cuya resolución no estudian porque se encuentran solos, porque asuntos a su cargo quédanse en prensa, sin resolver, porque dan valor a trivialidades sin importancia, menester es que cada región rijase por sus propias iniciativas y medios, o por mejor decir, que a los naturales de cada región, se les deje obrar, trabajar, desarrollar los programas de su numen y complementar los trabajos de los ministros.

En la pangenesis del hombre está la reforma de los métodos para gobernar. Debe darse acceso a las doctrinas nuevas, a las doctrinas que acrecienten el progreso de España para que nos juzguen de otra suerte. Por estas circunstancias, la noble y patriótica doctrina del regionalismo va triunfando de las asechanzas, paulatinamente, pero va triunfando, pues como más ventajosa y más lícita, como más equánime, esta orientación tuvo y tiene numerosos partidarios y numerosos subordinados a la idea; hidalgos celosos que, confabulados fraternalmente, sin egoísmos y ya preparados en facción para remozar las achacosas y seniles instituciones, semilleros de favoritismos e ilegalidades, defienden su credo con la razón por lema y la justicia por escudo.

JOSÉ LUIS LOPEZ MORELLO

Convento de la Encarnación dicen que poseen un pedacito de carne al cual tocan unos corazones de trapo que regalan. En otras partes conservan fragmentos del cadáver de Santa Teresa que, como puede comprender el lector, se ha descuartizado, sino tanto como el tristemente célebre de Jalón, poco menos. El P. Ribera, contemporáneo y primer biógrafo de la Santa, deseaba que no se profanara así su cuerpo. «A mi parecer, escribió, no harán como buenos hijos suyos, ni quien lo pidiere, ni quien lo considere».

Tenía razón el insigne jesuita. Eso de dividir en pedazos el cuerpo de un ser humano, es una repugnante irreverencia, más propia de canibales que de hombres civilizados y piadosos. Debieran reunir todos los trozos diseminados y enterrarse con la cabeza, con el tronco, y con el mismo corazón. Lo que hoy se hace no es delicado; no es, ni siquiera, humano.

Para adorar a Teresa hay dos caminos: uno, imitar sus ejemplos maravillosos de virtud, y otro, leer, estudiar sus obras incomparables. No conservar músculos ni huesos. La materia reclama tierra en el cementerio, abandono, olvido, evolución. El alma de Santa Teresa está en su Reforma y en sus libros.

Esa veneración exagerada a un poco de carne, es una forma, a la postre, de materialismo. ¿Amas a Teresa? Sigue sus consejos espirituales, acude a sus obras. Entre *Las Moradas* y su clavícula, yo prefiero *Las Moradas*. Entre su *Libro de las misericordias del Señor* y su dedo, yo prefiero el *Libro*. Leed a Santa Teresa y os asimilaréis algo de su sabiduría divina. Eso es lo esencial, lo útil.

A los restos mortales, dejadles en paz ya. No queráis volver a llevarlos desde Alba de Tormes a Avila. Sed caritativos con la Santa y no la mováis más. Es irrespetuoso tanto llevarla y traerla de aquí para allí. Su cuerpo tiene derecho a más profundo descanso. ¡Pobre Teresa! Ni aun muerta puedes permanecer quieta y parada. Tuvo razón Monseñor Felipe Segá. Eres inquieta y eres andariega hasta después de muerta.

ALBERTO DE SEGOVIA

HONOR A CASTILLA

LA SALUD EN ESPAÑA

La Prensa de Salamanca se ocupa con extensión y preferentemente del importantísimo descubrimiento bacteriológico realizado por D. Iñigo Maldonado, médico de aquella capital.

El doctor Maldonado no ha hecho públicos los resultados de sus experiencias constantes hasta comprobar ante eminencias científicas de Madrid que el microbio hallado en sus investigaciones nada tiene de común con el bacilo Pfeiffer, considerado hasta el momento como específico de la gripe.

Por el contrario, todos los caracteres le aproximan al que produce la peste bubónica, del cual se diferencia, evidentemente, por su falta de acción patógena en animales de receptividad comprobada y por dar aglutinación negat. va bajo la acción del suero específico, hechos com-

probados en la sección de Epidemiología del Instituto Nacional de Alfonso XIII.

Sin embargo, los trabajos efectuados por el aludido doctor permiten afirmar que el germen aislado por él corresponde, por sus propiedades, al grupo de los que producen las septicemias hemorrágicas, al cual pertenece también el pestoso.

El doctor Maldonado prosigue sus investigaciones interesantes y acerca de las cuales se hacen grandes comentarios en aquella ciudad.

Le felicitamos y nos felicitamos.

INTERESANTE

Nuestros subdirectores, en todas las capitales de la región, son los encargados generales de esta revista, en las provincias, a que correspondan.

A ellos, cuyos nombres damos al final, deberán dirigirse para todos los asuntos relacionados con la misma.

A S. M. el Rey.

(MENSAJE)

Señor:

El modesto gacetillero que suscribe, respetuoso súbdito de V. M., español y monárquico de pura cepa por haber visto la primera luz allí donde Dios quiso que se asentaran los cimientos del reinado de vuestro padre agosto (q. s. g. h.) entusiasta y admirador de la galanura y el casticismo de que tan prodigioso alarde hizo aquel peregrino ingenio que se llamó Miguel de Cervantes Saavedra que tuvo a bien legarnos el riquísimo caudal de nuestra habla, de la que no sé quién ha dicho que sirve para hablar con Dios; yo, digo, me inclino reverente ante V. M. y previa vuestra real licencia exclamo: (sin necesidad de pedir os perdón, porque no viene a cuento).

¡Castizo!!

Castizo, sí, porque una vez más habeis dado pruebas, Señor, de vuestro españolismo nunca desmentido: castizo, sí, porque la respuesta que ha poco disteis a aquellas dos encantadoras «medeamoiselles» españolas que tanto alardeaban de haber vivido a la orilla derecha del Sena, es una respuesta castiza y española que rezuma gracia, sal y sandunga, una respuesta que con vuestra venia suscribiría el «Barberillo», del castizo Avapiés.

¡Que vivís en la orilla izquierdá del Manzanares!

Y por muchos años, señor, por muchos años, para gloria y orgullo de esta España tan querida que nada tiene que envidiar a nación alguna, porque ninguna como ella tiene un sol tan cegador, un cielo tan azul, niñas mujeres tan «majás» —cuando no hablan en francés— y un rey tan castizo, que también habla en castellano.

A. L. R. P. de V. M.,
FE DE RICO.

CASTILLA-TÍPICA

En El Escorial.

Aunque no sea absolutamente exacto, no se me ocurre ahora mejor ejemplo para expresar la sensación que me produce El Escorial, que este:

Algunas veces, teniendo unas pesetas, he ido a buscar a un amigo para gastármelas con él en una excursión o en un almuerzo; con mi amigo estaba un individuo cualquiera, desconocido y antipático, que me ha sospechado mis propósitos y se nos ha pegado como una lapa. Inútilmente nos lo hemos querido quitar de encima y le he dicho casi:

—Pero, señor: ¿Usted por qué viene, si yo no le conozco, ni nada tenemos que ver y me molesta?

Ha hecho oídos de mercader, y quieras que no le hemos tenido que convidar al gran gorrón, que nos desagradaba, que coartaba nuestras confianzas e interrumpía con burdos despropósitos nuestras charlas.

Así, junto a nuestro amigo el Monasterio, encontramos una turba de «cicerones», de tenderos, de cafeteros, de fondistas, de cocheros, de vendedores de imágenes y postales.... y toda esa gente nos rodea, nos acosa, nos persigue, interrumpe nuestra contemplación, hasta que consigue arrancarnos un poco de dinero, y entonces, ¡peor!; agradecida nos envuelve en melodías y nos sigue acompañando, relatándonos tontas anécdotas y pormenores artísticos de la Guía.

—Es un hermoso edificio, señor....

—Tiene mil cuatrocientas once ventanas, señor....

—En esta galería solía pasear Fray Diego de Monteleón.

No es posible «hablar» con el Monasterio, rodeado por esa gente; volveré por el invierno, a ver si el frío la ha echado de aquí. Hoy me voy. Adiós, cocheros, fondistas, tenderos, «cicerones».... Adiós, gordo señor de la sombrilla, no curioses más: ¿A usted qué le importa quien sea yo?... Adiós, camarero.... Adiós, respetuosamente, buena sociedad que continuas entre estas peñas la mascarada del invierno.

Hablemos de Felipe II, ya que no podemos hablar de su obra:

En ningún sitio está tan presente el hijo del Emperador como en el Monasterio; ningún hecho tan empapado de su espíritu, tan él, como ese monumento, en el que la energía y la grandeza, sin realidad ideal, se obtienen a fuerza de piedras, y piedras, y más piedras; gigantesco mamotreto, de una majestad teatral.

Felipe II era así también. Preocupado siempre de la «ornamentación», pomposo y enfático (al revés que su padre, que iba «a lo suyo», sin cuidarse de gestos), con fachada de hombre fuerte, y en el fondo nada más que un fantoche engañado.

¿Cómo pensador de tan profunda sagacidad como Angel Canivet ha podido creerle genuino tipo de nuestra raza?

Sí, satisface la idea convencional del «hidalgo». Es religioso, es frío y solemne, es altivo. En un drama de Sardou podría pasar admirablemente por la personificación de Castilla; pero, debajo de esas exterioridades nada hay ni de un español, ni de ningún otro ser humano: ideas y sentimientos deformes, una

espiritualidad tan monstruosa como sería la de un hombre que se pasara toda su vida colocado ante una máquina fotográfica, con un manto de púrpura y una corona, buscando actitudes de majestad. Está en medio de su corte cuando le comunican el desastre de la Armada Invencible. Es la pérdida de su más gran ilusión y la caída, a merced de Inglaterra, lo sabe pero no se desespera ni se lamenta.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dice por todo comentario—; y continúa imperturbable, tieso, solemne, como debé estar un Rey decorativo.

No es cruel; no digo que sea suave y dulce como un bizcocho de «chantilly»; pero es menos duro que casi todos sus contemporáneos.

Alemania sangra aún de las tropelías del «bolcheviki» Munzer y sus dignos opresores; en Francia se promulgan los edictos de Chateaubriant y de Écouen, se hace la «Saint-Barthélemy», se asesina a Guisa por orden del Rey; en Inglaterra aún no han despertado de la pesadilla de Enrique VIII y está ya en el trono la «Reina Virgen», infamando y dando muerte a María Estuardo, organizando el exterminio de los católicos.

Felipe II no llega a tales extremos de ferocidad nunca; sin embargo, le llaman el «Demonio del Mediodía», y ha pasado a la posteridad con un baldón de sanguinario que no tiene ningún otro Rey de aquella época.

Esto no es porque los historiadores franceses e ingleses se hayan empeñado en calumniarle, y porque el ciudadano Acisclo Conzález, consecuente federal del Comité del distrito de la Latina, quiera decir que fué un infame tirano que oprimió al pueblo, sino porque la severidad de Felipe II es aparatosa como ninguna.

Isabel de Inglaterra y los últimos Valois disponen sus fechorías sin ruido y sin voces, a escondidas. Así mueren la Reina de Escocia y el Duque de Guisa, así se perpetra la matanza de la noche de San Bartolomé.

El Rey Felipe, en cambio, hace un espectáculo de cada ejecución y se sienta frente al cadalso, hinchado, fiero, como diciendo a la gente:

—¡Menudo carácter tengo yo!

Don Carlos de Seso, un caballero casado con una descendiente de Don Pedro el Cruel, va a ser quemado, por hereje, en Valladolid; ante la pira se vuelve a Felipe II, que asiste al auto de fe, y le pregunta:

—¿Así me dejais quemar?

—Traería leña—responde el Rey—para quemar a mi propio hijo, si fuese tan malo como vos.

Y satisfecho de haber mostrado tan expresivamente su entereza, contempla, muy erguido, la ejecución, aunque después, cuando ya no tiene que aparecer majestuoso porque nadie le ve más que unos cuantos criados, el horror de lo que ha presenciado le haga accidentarse y temblar.

No; no creo que ese pobre fantasmón merezca ni odios ni admiraciones. Personificando en él las virtudes y los vicios de la gran España del siglo XVI se obra con tanta equivocación como si se confundiera con la fuerte torre que lo sostiene al monigote veletero que está en lo alto.

VICENTE SÁNCHEZ DE OCAÑA

CASTILLA-AGRARIA

El Crédito Agrícola.

De actualidad palpitante es el magno problema del «Crédito Agrícola».

Hoy que en España se sienten grandes ansias de regeneración en todos los órdenes de la vida, preciso es recogerlas y encauzarlas, para preparar una España fuerte y robusta, que sepa librarse por su poderío e independencia económica, de todas las asechanzas de sus enemigos, que esté preparada para la enorme lucha comercial que después de la terminación de la guerra se vislumbra.

Y esta acción ha de empezar por la agricultura. Sin una agricultura próspera jamás tendremos una industria próspera y sólida; sin esa agricultura y esa industria, jamás podremos triunfar en esa lucha comercial que se avecina.

Era y es el problema agrario español, un problema complejo que necesitaba la unión, la cooperación de todos los labradores para su resolución y éstos vivían en un individualismo suicida que hacían en gran parte estériles sus trabajos, y muchas veces perdían sus energías en luchar unos contra otros.

Se les exhortaba a la unión y los labradores re celaban; tenían en gran parte razón. ¡Se les había engañado tantas veces! Y, sin embargo, por una parte la necesidad de salir de tan lamentable estado, por otra la labor infatigable de beneméritos propagandistas, que al egoísmo de los labradores respondían con el sacrificio, a la desconfianza con la demostración real y práctica de las ventajas que les habían enseñado por medio de la asociación, hizo el milagro.

La mano de Dios se ha visto bien clara en esta obra. Lo que hace unos años, solamente el bosquejarlo hubiera producido risa a esos hombres pequeños de corazón, incapaces de albergar en sus pechos una idea grande, no es ya un sueño, es una realidad esperanza de mayores realidades.

Más de 250.000 familias reunidas en 1.700 Sindicatos Católicos agrarios, pertenecientes a 30 Federaciones de Sindicatos que a su vez constituyen la Federación Nacional Católica Agraria es el sueño que la voluntad de unos hombres creyentes y abnegados convirtieron en realidad.

Los Sindicatos Católicos Agrarios han realizado por medio de sus múltiples secciones Caja rural de ahorros y préstamos; seguros para caso de enfermedad, compras y ventas en común; seguros de previsión de la vejez en relación con el Instituto Nacional de Previsión; Paneras Cooperativas; Seguros de ganados, etc., etc., la obra más completa en la agricultura española.

Les enseñaba a cultivar sus tierras, a emplear los abonos minerales, a comprar y vender en condiciones ventajosas, a emplear las máquinas agrícolas, a mejorar la ganadería, a establecer las industrias auxiliares, etc., etcétera, pero como todo esto no podía hacerse sin resolver el crédito agrícola, el Sindicato resolvió este problema, el más importante de la agricultura con sus Cajas rurales.

Los grandes propietarios no podrán necesitar de esta Caja; tienen sin duda entidades que les faciliten el dinero que necesiten en momento de apuro; para el pequeño agricultor es preciso, es indispensable, la Caja rural para resolver sus apuros pecuniarios.

El crédito del pequeño labrador se basa en la responsabilidad real de sus fincas, ganados, etc., y aún más en su honradez y este segundo elemento, nadie más que aquellos que con él conviven y le conocen a fondo pueden apreciarlo.

La enseñanza que el Sindicato le proporciona para que la tierra y el ganado produzca más, la vigilancia que ejerce sobre el empleo del préstamo, el temor que tiene de malquitarse con todos sus convecinos socios del Sindicato al hacerles pagar entre todos un préstamo que él dejó de satisfacer, hacer que jamás queden incumplidas las obligaciones contraídas con la Caja.

Sitios habrá donde el labrador que no cumplía sus compromisos con los particulares, lo hacía con la Caja rural por temor a esta sanción social.

Si la honradez sólo podía ser apreciada por las personas que con él convivían, la pequeña propiedad no tenía crédito para las grandes entidades bancarias. Pero uniendo todas las responsabilidades, la Caja tenía un crédito grande, con ese crédito tenía dinero y ese dinero lo repartía entre sus socios conformes a esa honradez y esa responsabilidad.

El no dar préstamos sin fianza personal, prendas o hipoteca, el fin reproductivo de los préstamos, la diferencia entre el interés que paga la Caja por el dinero que recibe y el que presta (éste un 1 por 100 mayor), la vigilancia, etc., hace que la responsabilidad solidaria e ilimitada de los socios en las Cajas rurales sea en realidad nula. Y visto como resuelven los Sindicatos el crédito entre sus socios y para no alargar más este artículo, veremos en otro cuál es la mejor fórmula para obtener el dinero que necesitan y cómo resuelven y regulan el crédito entre los Sindicatos la Caja federal.

IGNACIO SANZ

A NUESTRO PUBLICO

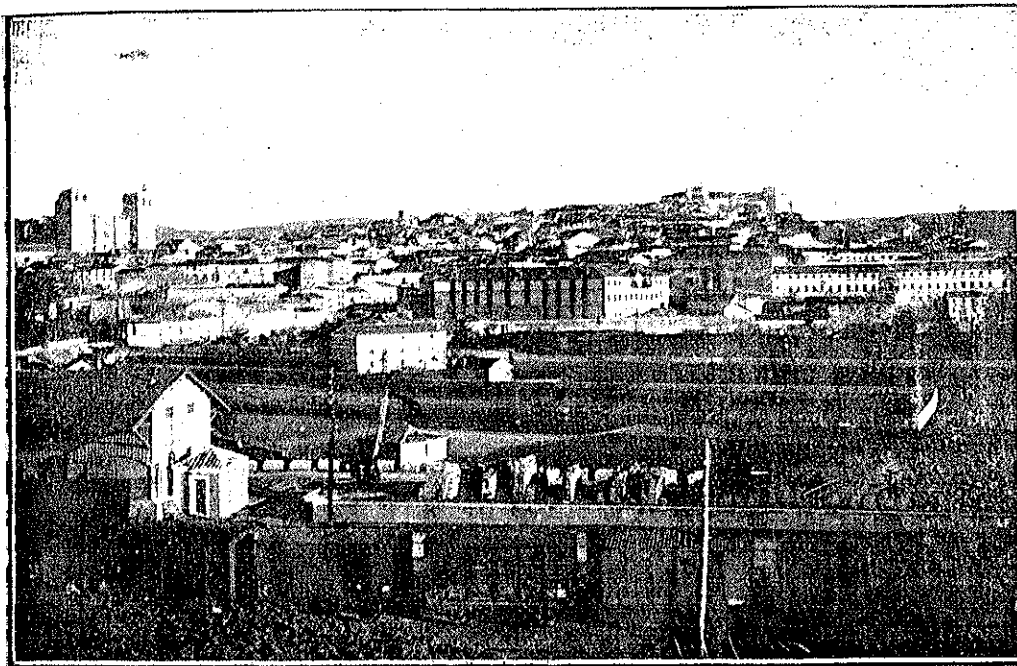
Sin reparar aún la avería que sufrimos en nuestros talleres, no podemos publicar en este número los fotograbados correspondientes.

Aprovechamos para la portada uno que teníamos confeccionado, con objeto de no suprimirla.

Para el próximo número estará ya reparada, y podremos publicar nuestros números corrientes.

Lamentámoslo sinceramente, esperando se nos perdone.

PUEBLOS CASTELLANOS



Vista general de Sigüenza. (Foto. Villamil.)

A todos los rincones de nuestra región hemos de llegar. Queremos alentar a todos los suyos. Vamos a honrar nuestras páginas, dedicando una de ellas,

sucesivamente, a los ricos pueblos castellanos. Comenzamos esta tarea, con Sigüenza, uno de los más importantes pueblos de Guadalajara.



«El doncel del libro», maravillosa obra de arte que existe en la Catedral de Sigüenza. (Foto. Monteso/D).

Es una población interesantísima y laboriosa, de gran actividad fabril, comercial y agrícola. Posee interesantes joyas artísticas e históricas, y una muy notable catedral. Son sus tipos, sus costumbres, su ambiente, netamente castellanos.

Hay en todo este lugar reciamente español, un ambiente gratísimo, de verdadera complacencia.

Se lucha honradamente, con nobles armas, como son el trabajo y la actividad.

Se vive en santa calma.

Sus bellas mujeres halagan la vida febril de sus hombres laboriosos.

Sigüenza resurge; de día en día, aumenta su importancia. Es el éxito de la labor de los suyos.

Sigüenza, pues, honra a Castilla, que tales lugares posee.

F. C.

CASTILLA-MADRE

LA HORA DE LA JUVENTUD

Ortega y Gasset es un hombre inquietado por los problemas españoles. Con un grupo fundó esa intensa revista que se llama *España*, desde la que se ha hecho una alta labor inquietadora. Es de los que han merecido alguna vez por ciertas gentes el calificativo de intelectual con tono de desprecio.

Artista, filósofo, con visión de lejanías y de clarividencias ha sido para los que enfrentábamos con la realidad española como el orientador, en el que los jóvenes, con afán de renovar, encontrábamos a otro joven de reciedumbre mental, de una gran fuerza ideológica, con unos cuantos años más, pero con un espíritu todo aristocratismo y preocupación.

Acaso su labor no ha ahondado lo bastante en el pueblo español, porque Ortega y Gasset no se ha acercado a las multitudes—y este es su defecto—, no ha hecho la siembra llegándose hasta los que viven en los campos para desasosegar sus conciencias incorporándoles a la vida pública.

Ha sido el que desde su gabinete de trabajo, ha lanzado ideales, el que en sus correrías por nuestras ciudades y nuestros pequeños poblados, ha recogido sensaciones, las ha vivido, sintiendo el palpitante de la España desconocida, un poco despreocupada e ignorante de su propio vivir y de sus destinos.

En *El Sol*, en un bello artículo—ya lo ha comentado nuestro compañero *Graveche*—hace un llamamiento a la juventud española que cobardemente está al margen de la vida pública y pide su actuación como único medio de que sus energías, sus entusiasmos, sus generosidades, puedan abrir cauces nuevos y crear grandeza.

De ella espera Ortega y Gasset la renovación, a ella cree que debe encomendarse el empeño de alzar a España y ella debe ganar valientemente esta pelea en la que se

juega el porvenir nacional. Son los momentos de gran transcendencia; cruzan el mundo corrientes nuevas; hay un vibrar grandioso que los jóvenes deben recoger y enterrarlo profundo, para que España camine a la par de los otros pueblos.

La hora es de liquidación de todo lo viejo y ya se señalan con pujanza ideales nuevos que han de traer nuevas vidas. Hemos de hombrearnos con los otros países si no queremos anularnos. Hemos de intensificar nuestras actividades; hemos de acudir a un concierto de naciones y nuestra voz debe tener robustez y autoridad.

Sólo la juventud está limpia de errores, sólo a ella no alcanzan culpas y tristezas páginas de nuestra historia de los últimos años. Si se resisten a dejarla paso, si aun se defienden lo que fué causa de nuestra

desventura, si la vieja política se pone enfrente, debe saltarse sobre ella y pisotearla, debe, en un gesto de altivez y fiereza, romperse todo eso que es pequeñez, es ruindad y es estancamiento de la vida patria. En lucha de nobleza, la juventud como cumple a sus años, como lo piden su sangre y su fuerza, debe señalar rutas, debe abrir caminos por los que marche con todo desembarazo a hacer una patria joven, sana, con riqueza de ideas y riqueza de energías.

Y si hay jóvenes con el corazón emponzoñado, incapaces de pelea y de marchar bravamente cara a todo lo creado para sentar afirmaciones; si hay jóvenes que no están capacitados para esta caminata de victoria, separarles de un puñetazo y que sigan viviendo la vida de vileza.

Los otros iremos con el orgullo de la juventud y de la obra, a hacer una España grande, y en los corazones y en las bocas habrá una canción de fuerza y de amor.

LUIS HERRERA.

Anochecer de otoño en Burgos.

*Douceur du soir! Douceur
de la chambre sans lampe!*

G. RODENBACH.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras, al ocaso, entre acentos discordes de campanas, y entre toques vibrantes de cornetas ufanas que tienen un destello de campales hogueras.

Y la noche que llega cuando en el hondo cielo la sombra, cual espeso cortinaje de altar, se tiende, despertando vivo parpalear de luces en que prende misterioso desvelo.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras, ante la gradual postración del paisaje y ante el trémolo blando que a su frágil follaje dan los chopos, formados en altivas hileras.

Y la noche que llega cuando en el hondo cielo las primeras estrellas abren su flor de plata, dulce como una dulce música de sonata o como caricioso roce del terciopelo.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras, sin que nada perturbe la quietud de la estancia, en discreta penumbra, gustando la fragancia familiar que nos une con las cosas caseras.

Y la noche que llega cuando en el hondo cielo la catedral apaga su calada linterna, y sobre la silente aspiración eterna de sus torres, palpita un romántico anhelo.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras mientras la media luna sangrienta y afilada, bajo el ardor extraño de nocturna cruzada, llama al brazo del Cid para empresas guerreras.

ANGEL VEGUE Y GOLDONI

Del solar castellano.

EL MILAGRO

De tierra de santos, de Avila, la parda, la conventual, nos vienen las nuevas del milagro.

En un convento había una monja parálitica desde hacía dos lustros, declarada incurable por la vanidosa ciencia de los hombres. Días pasados, la Comunidad celebraba el Triduo a la Virgen de la Medalla milagrosa. Antes de finar la ceremonia, la monja parálitica saltó ágilmente de la cama, hablando y dando frenéticos abrazos a sus hermanas de clausura.

Las campanas del convento voltearon alegres y pascuales. Respondieron las campanas lejanas, las solemnes y las ingenuas, las de amplias haldas de bronce, como guardainfantes pomposos, las limpias y argentinas, como sonerías de cristal, de las ermitas y los conventos. El carillón triunfal llenó los aires mientras la nueva del milagro iba de alma a alma, con la gracia de una mística paloma.

¡Milagro! ¡Milagro!

Las mozas castellanas, de cara toscada y ojos negros y visionarios: las viejas, como sarmientos, rezadoras y parloteiras; los clérigos que pasean junto a la efígie de Santa Teresa, la dulce doctora; los graves catedráticos y los curtidos menestrales; toda la vida provinciana aspiró un punto el aroma ingenuo y primitivo del milagro.

—¿Qué dirán ahora los herejes, los librepensadores?—exclamaban los socios del Casino conservador, frotándose alegremente las manos. En todas las provincias hay unos cuantos hombres terribles, que hablan mal de los santos, mientras dan fuertes golpes con las fichas de dominó, y que tienen la coquetería de no creer en la infalibilidad papal. En el Casino republicano se sospechó que el milagro era una añagaza política.

—¿Cómo va a ser eso verdad, si la ciencia dijo que era incurable? Y al decir la «ciencia», se inflaban los carrillos al orador. No hay más que materia, y lo demás es una patraña del oscurantismo. ¡Llevo veinte en bastos! Yo creo que los ciudadanos conscientes debemos hacer un acto de protesta.

Y los inquisidores rojos siguen jugando al tute, mientras los inquisidores negros continúan jugando al tresillo en el Casino de enfrente.

Afortunadamente, ninguno tiene ya poder para encender hogueras.

A pesar de los librepensadores, el hecho maravilloso es cierto. ¿Cómo explicar razonablemente que una parálitica reco-

bre el uso de la palabra y de sus movimientos? Sin duda, se trata de un milagro, de un milagro de la fe, que es fuerza espiritual. No es el primer caso, la Virgen de Lourdes ha sanado muchos enfermos que fueron al santuario con verdadero ardor religioso, con intensa voluntad de curar.

Un médico nos dirá que era una paraplegia por histerismo lo que padecía la monja. La definición está muy bien; pero para curarse ha prescindido de los médicos y ha acudido a los resortes maravillosos de la imaginación y de la fuerza psíquica. Todas las enfermedades que se curan milagrosamente tienen su origen en ese laberinto físico y moral que se llama histeria. Esta enfermedad abstrusa es la antigua diablesa que hablaba por la boca espumosa de los exorcizados, la sibila que predice lo porvenir y la bruja espantable que ajetreaba a los cuadrilleros de la fe.

Y esta diabólica e invisible tirana tiene su nidal en las células más recónditas de nuestro cerebro o va fluyendo en las secreciones internas de algunos órganos. La ciencia se cala sus espejuelos, enarca las cejas... y confiesa que sabe muy poca cosa de este asunto.

El suceso es bonito y emocionante. Acaso estén en lo cierto las almas ardientes que al oír el gozoso clamoreo de campanas se hincan de hinojos, en acción de gracias, por el milagro. La fe, la doncella teologal no es ciega, que es clarividente. Ella ve las cosas en las zonas de luz, donde se tornan ciegos los ojos humanos. Después de diez años de prisión en sí misma, la monja ascendía por la escala de la oración que es fuerza psíquica o magnética—¡con cuánto dolor, con cuánta fe! Y aquel día, ante la Virgen magnificente, entre la liturgia de músicas, de flores y de cirios rizados, el milagro de la fe se hizo en realidad. Y las lenguas de oro de las campanas volaron sobre la ciudad vieja, cantando el milagro.

EMILIO CARRERE

INTERESANTE

Nuestros subdirectores, en todas las capitales de la región, son los encargados generales de esta revista, en las provincias a que correspondan.

A ellos, cuyos nombres damos al final, deberán dirigirse para todos los asuntos relacionados con la misma.

CASTILLA-CULTURAL

Plan de trabajo del Ateneo de Salamanca.

El Ateneo de Salamanca tiene una misión altísima confiada, que procura cuidar con delicada fineza. El Ateneo es—debiera ser—la pauta intelectual que orientara a la nueva generación estudiosa, que recogiese una porción de energías espirituales dispersas, que llamase a su tribuna a todos los hombres que en esta nuestra pequeña patria se interesan por problemas de la ciencia y del arte.

El caso de D. Iñigo Maldonado es todo un símbolo de lamentable vacío.

El discutido bacteriólogo salmantino que obtuvo en el recato de su laboratorio una inducción científica que a estas horas se debate en centros y academias, no ha teuido en Salamanca una entidad cultural que estimulase con el calor del entusiasmo sus trabajos y que hubiese contribuido con el prestigio corporativo a dar autoridad al descubrimiento microbiano.

Hace falta, sí, que este Ateneo, tan casero y tan hogareño, rompa la intimidad de su tertulia y se convierta en pauta intelectual que a la vez que sustantive intentos y recoja energías, sea como el cobijo preclaro donde el trabajo individual tenga su apoyo decidido.

Angel Ledesma—yo no quiero poner un cerco de rimbombancias a su retrato espiritual, que no venga la guillotina a declarar que no ha leído un libro siquiera—nos recibe en su despacho. Un despacho claro, amplio, lleno de luz, donde unas figurillas modeladas ponen la nota delicada de su belleza y unos tarros talaverreños adornan las repisas de las estanterías.

Después....., libros, infinidad de libros que ponen en el lomo de sus textos sus rezos de cultura en elzevirianos tipos.

Yo no sé si decir que Angel Ledesma trabaja, siente una viva inquietud por todo el movimiento pensador de España y Europa.

Y no sé si decirlo, porque en este ambiente de sol en la Glorieta y paseos procesionales en la Plaza, la cosa tendría una irreverencia manifiesta. ¡Ahí es nada descubrir a un muchacho de elegancia intelectual que ama los libros y se deleita con sus diálogos! Pero, en fin, como lo interesante es «el grano» a sacarlo del costal de nuestro carnet nos apresuramos. Y es.....

—Yo sé que tú tienes el programa completo de las conferencias del Ateneo.....

—Efectivamente. Las notas que te proporcionó Pinilla para tu información están ya perfectamente completadas. Como en «El Adelanto» se anunció, el Ateneo tiene interés especial en inaugurar sus cursos con una serie de conferencias hispano-americanas, cuyo programa, temas y autores, es el siguiente:

D. Miguel de Unamuno, «La España americana».

D. Amalio Huarte, «El Adelantamiento de Yucatán».

D. Rafael Vehils, «Medios de estrechar las relaciones hispano-americanas».

D. Cándido Pinilla, «¿Quién fué Colón? Su biografía y su psicología».

D. Nicolás Rodríguez Aniceto, «El Derecho en América».

Sr. Romera Navarro, «Escritores norteamericanos; historiadores de España».

Sr. Martínez Sueiro, «Colón, español»; estado crítico de esta cuestión».

D. Alfonso Reyes, «Cultura americana».

Tal es el trazado de las conferencias que el Ateneo prepara para abrir sus cursos. La primera tendrá lugar el miércoles de la próxima semana, a cargo de D. Miguel de Unamuno, que disertará a las seis y media de la tarde, en el teatro Moderno. Seguirá la del americanista Sr. Romera Navarro, para el viernes probablemente.

—¿Y la sección de sociología.....?

—La sección de sociología prepara una copiosa labor de cultura, con temas de actualidad, interesantes estudios históricos, y que serán desarrollados por los Sres. Benis, de Buen, González Lago y yo, que haré unas cosas de revisión ideológica leonesa. La sección de arte intenta una serie de conferencias que seguramente han de interesar. Vendrá Domenech a hacer dos conversaciones, una sobre artes populares, y otra, de tema aún no designado. Orueta, el crítico de arte tan estimado, hará otra cosa de indudable novedad con motivo tan grato como es una disquisición sobre impresiones artísticas. Vargas dará otra conferencia..... Alguno más.

—¿.....?

—Conferencias generales pensamos organizar con gente de valor consagrado. Ortega Gasset, el exquisito sugeridor; Sánchez Rojas, Luis de Zulueta, un ruso, Nicolás Minsky, que hará una cosa de actualidad política interesantísima. Además, los cursillos femeninos, ya anunciados. Y, por último, es necesario sacar de su esquivez a una porción de remisos.....

—Vengan nombres para tundirlos en letras de molde.

—Hemos invitado a Pepe Sánchez Gómez, para que haga un tema de periodismo salmantino retrospectivo, materia de un interés manifiesto, a la vez que de un valor local sugestivo. A Antonio Alfonso, para que nos dé una lectura de poesías suyas.... A todos cuantos trabajen y sientan una inquietud intelectual, el Ateneo, con vivísimo deseo los recibe y escucha, porque quiere remover el fondo cultural de la ciudad, y ser un lugar donde todo matiz de pensamiento y de sentir tenga su debida expresión. De manera que estos dos últimos remisos que acabas de anotar, por poner su resistencia a una labor colectiva, deben quedar anunciados de un modo definitivo.

Ellos habrán de convencerse que una obra de exposición de ideas, no es—no puede ser sino en espíritus que vuelen a ras de tierra—un motivo de exhibición o de vanidad, sino un deber que tiene todo hombre de laborar en un sector de la vida y ponerlo a contribución del gran acervo común, donde va depositando la humanidad el acopio de sus esfuerzos por esta gran preocupación del intelecto y del ideal.

••

Y el periodista actúa esta vez de ejecutor, dando efectividad a la pena dictada por el Ateneo. El periodista, fiel a su misión, completa el programa del Ateneo con estos tres enunciados:

D. José Sánchez Gómez. «Periodismo salmantino retrospectivo».

D. Antonio Alfonso. Lectura de poesías.

Salmantinos que trabajan y piensan. El resultado de sus inquietudes intelectuales.

••

Las estanterías del despacho de Angel Ledesma rebosan de volúmenes que invitan a curiosar. Nuestra vista ha topado con una magnífica edición, que rotula después de un empujado indicador de este nombre: Federico de Onís.

Yo, que siento una devota admiración por este profesor mozo que en tierras extrañas aureola el nombre de España con un prestigio preclaro, he pensado, con egoísmo de salmantino, en la ausencia de entre nosotros de Federico de Onís. ¡Oh! El también contribuiría con su potencial de cultura a esta empresa de guía espiritual y de sustantivos valores salmantinos.

Y quiero terminar esta deslabazada información, poniendo su recuerdo como una viva simpatía que diga toda mi gratitud de español para Federico de Onís, expatriado para bien de la patria.

YO.

Por tierras de secano.

Vida pueblerina.

El tren avanzaba con rápida marcha, dejando atrás llanuras desprovistas de accidentes que interrumpieran la monotonía del paisaje; a lo lejos se divisaban confusamente algunas lucecillas que indicaban la proximidad de la estación en que yo había de apearme.

El silbato de la máquina dejóse oír sonoro y prolongado desvaneciéndose, perdiéndose el sonido, en la lejanía del horizonte; el tren entraba en agujas y pedía freno para moderar la marcha, sonó el *trac-trac* de las planchas de la plataforma; llegó al andén y se detuvo.

Varios empleados con gorra galoneada y farolillo en mano, recorrían de un lado para otro, a la vez que la voz del mozo de servicio anunciaba el nombre de la estación. Recogí mi portamantas, descendí del vagón, y las vigorosas manos de Francisco estrecharon efusivamente las mías; en tanto el criado que le acompañaba fué recogiendo mis maletas, nosotros penetramos en la cantina a tomar un vaso de café bien caliente que a prevención había hecho preparar Francisco; era preciso entrar en calor para la caminata de más de cuatro horas que habíamos de emprender, en un carruaje con pretensiones de tartana, cuya comodidad y abrigo resultaban bastante deficientes; una vez colocados, el criado animó la mula y emprendimos la marcha hacia el pueblecillo en que vivía Francisco.

Empezaba a amanecer; el frío se dejaba sentir bastante, pues estábamos a mediados de Noviembre y la escarcha brillaba sobre la tierra resquebrajada en fuerza de estar seca; hacía mucho tiempo que no había llovido y esto constituía la preocupación de los habitantes de aquella comarca, según me iba refiriendo Francisco acompasando su relato con los vaivenes y traqueteos del carruaje.

La campiña desolada que cruzábamos, trajo a mi memoria la descripción que hizo en una de sus obras el sabio profesor, que fué, D. Félix Sánchez Casado, al tratar de la región meridional de Castilla la Nueva, que los árabes llamaron la Mancha, esto es, *tierra seca*, y que comprende parte de las provincias de Toledo, Cuenca, Albacete y Ciudad-Real.

«Largas distancias y vastas soledades de población en po-

blación, de las cuales se divisa a lo lejos la torre parroquial; rústicos villorrios con casas de tierra de color ceniciento o pardo, análogo al semblante y traje de sus moradores, ausencia de árboles que den verdor y de aguas que rieguen y fertilicen los campos.»

Tristes y pobres regiones que dejan sus siembras a merced de que el cielo piadoso les envíe lluvias bienhechoras, y por falta de ellas, se malogran muchos años sus cosechas.

Hemos llegado al pequeño lugar en que residía Francisco, y confieso que al apearme del carruaje, me fué muy simpático el recibimiento que me hicieron su esposa, los parientes, y algunos vecinos, que noticiosos de mi llegada se apresuraron a saludarme y a interesarse por mi salud.

Sabían que el motivo de mi viaje era pasar unos días para reponerme de fatigas intelectuales y descansar, al lado de Francisco y su esposa María Juana, que habían servido cuando jóvenes en casa de mis abuelos y de allí salieron para casarse y establecerse en aquel pueblecillo donde tenían algunos bienes que constituían un *mediano pasar*; acepté gustoso el ofrecimiento que con el mayor cariño me hicieron; iríamos de caza, respiraríamos aire del campo y bañaría mi cuerpo en los esplendentes rayos del sol; en una palabra, tendría más salud, mejor color y un buen apetito y alimentación muy nutritiva; adquiriría robustez y energías corporales.

Al mediodía nos pusimos a comer, y la limpia y habilidosa María Juana nos presentó un succulento arroz con tropezones de jamón; el cocido con su correspondiente morcilla (hacía pocos días que habían hecho la matanza) y de principio unos chorizos fritos con tostadas de pan; luego, de postre, nueces y manzanas, con más unos dulces que a prevención había yo traído en mi maleta; todo ello rociado con algún traguillo de lo tinto, recién subido de la cueva; no hay por qué decir que comí muy a gusto y que después, con el cigarro en la boca, fuimos Francisco y yo recorriendo la casa para que me enterase de todo.

En las cámaras había abundosos trojes de trigo y cebada, en las vigas del techo colgaban oreándose hermosos pernils del cerdo sacrificado aquel año, con más, dos jamones de el del

año anterior; en la bodega varias panzudas y repletas tinajas donde fermentaba el mosto, y en la cueva, otras dos de mediano tamaño, con el vino añejo; en el vasto corral gallinas y palomas que picoteaban y escarbaban en el suelo; en la cuadra un par de mulas para la labor y tres cabras que suministraban leche abundante y pura para el consumo de la casa, y todo aquello que iba viendo, limpio, ordenado y denotando, sino grandezas, por lo menos un bienestar apacible y deseable, y así se deslizaba la vida en aquel pueblecillo, bien distinta de la agitada que se vive en las ciudades, llena de privaciones muchas veces y con más ilusiones que realidades.

En los días y horas apropiados, salíamos a ver si se ponía a tiro alguna liebre, que era fácil la halláramos al acudir a la querencia de las viñas ya vendimiadas. Cuando regresábamos con alguna, preparaba María Juana la torta delgada y cocida entre las brasas, para hacer el clásico gazpacho con caldo de liebre; ¡qué bien me supo desde la primera vez que lo comí!

Por las noches amenizaba la velada la cotidiana visita del tío Juan (tío y padrino de María Juana), hombre chapado a la antigua, de pocas palabras en su conversación, pero despaciosas, sedantes, adormecedoras y con un tema obligado: los quehaceres agrícolas y el constante lamento de que no llovía desde hacía seis meses, que no era posible hacer la siembra, pues sembrar en seco era como tirar la semilla, y así un día y otro día con lo mismo; pero quiso Dios que una noche llegase el tío Juan más plentero y su primera palabra fué que le parecía que iba a llover pronto, pues el sol se había puesto con mucho cejo de nubes, había cambiado el viento y se notaba mucho movimiento de tiempo; y se cumplió: al día siguiente amaneció lloviendo, y con ligeros intervalos estuvo así todo el día, y al siguiente lo mismo, y al otro, y al otro, y continuó por seis o siete días; era el fenómeno de las tierras secas: sequías prolongadas y luego, de una vez, toda el agua que debiera haberse repartido con oportunidad y menos perjuicios.

Cierto es que el poder del hombre alcanza muy poco de tejas para arriba, pero su industria puede hacer tanto provecho con canales de riego, embalsamiento en pantanos, derivaciones de los ríos, norias y pozos artesianos, que todo ello sería muy suficiente para remediar muchas miserias, principalmente en las sedientas tierras de la planicie castellana.

La continuidad del temporal de lluvias trajo consigo gran monotonía en las distracciones que yo pudiera tener durante mi estancia en el pueblo, cuya terminación se acercaba, pues mis quehaceres habituales reclamaban mi presencia.

Con muy buen acuerdo Francisco propuso a su mujer organizar un baile, aprovechando la tarde del domingo en que estábamos, y plenteros acudieron varias jóvenes engalanadas con vistosos pañuelos de talle, airosas faldas de percal o estameña y gargantillas en sus torneados cuellos; no faltaron, como era natural, bastantes mozaletas, algunos de ellos novios o pretendientes de ellas.

En el amplio portalón empezó el baile de seguidillas del país, alternando con la jota—nada de *agarrados*—en tanto que nosotros, la gente formal, contemplábamos desde la inmediata cocina, al amor de la lumbre, aquel cuadro lleno de animación y de vida.

La fiesta iba llegando a su final y uno de los jóvenes pidió una jota coreada y bailada por una pareja que se luciese. En la guitarra sonó el rasgueo de los primeros compases; salió la pareja designada y empezó una jota vibrante, enloquecedora, mientras las voces armoniosas de aquel grupo de gente joven y alegre entonó varias coplas, de las cuales llamaron mi atención por el sentimiento y la naturalidad que expresan, las dos siguientes, que aunque serán conocidas, parecen pedazos arrancados del alma y no renunció a transcribirlas.

Como que sale de tí
pregúntale si me quiere,
si te contesta que no,
dile ¿qué motivos tiene?

Bien sé yo que no me quieres,
eso a mí poco me importa,
con quererte yo es bastante,
con saberlo tú me sobra.

Han pasado casi tres semanas; me hallo perfectamente de salud y esta noche emprenderé mi viaje de regreso, primero en el carrujito y luego en el tren.

Después de cenar, vino como de costumbre el tío Juan: se arrellanó en el escaño con el sombrero encasquetado y la cumplida capa cruzada sobre sus piernas; emprendió su conversación soporífera, y dieron las nueve y las diez, y teníamos precisión de descansar algún rato, pues había que madrugar, y el tío Juan *erre que erre*; por fin hizo cierto movimiento que Francisco interpretó como si fuera a levantarse, y con acento cariñoso le preguntó:

—¿Qué, se va usted, tío Juan?

—No, hijo, que es que me apañó, y se recostó más a gusto sobre los almohadones del escaño.

Se me acabaron las fuerzas; me despedí y fui a mi dormitorio a *apañarme* lo mejor posible en el lecho.

A las cuatro de la mañana emprendimos el viaje, acompañándome hasta la estación Francisco y el criado; me despedí de ellos con el mayor cariño y agradecimiento y dí por terminada mi expedición, convencido de los muchos encantos que tiene la vida pueblerina.

ANTONIO ESCRIBANO



CASTILLA-AGRARIA

LA REFORMA TRIBUTARIA

Por la imperiosa necesidad de las circunstancias a causa de los dispendios extraordinarios que se ha visto precisado a hacer el ministro de Hacienda para atender a ellos, el presupuesto de ingresos que ha de presentarse en breve a la aprobación del Parlamento ha de encerrar algunas sospechas que tal vez no sean del agrado de los agricultores.

No es aventurado afirmar que así como ya se ha hecho público el proyecto del Gobierno de imponer por una sola vez un tributo sobre el aumento de riqueza, y así también como se sabe que prepara el Ministro de Hacienda otro proyecto elevando los descuentos que han de hacerse sobre los sueldos de los empleados públicos, se irá también a la reforma de la Contribución urbana. Por lo menos, ya se ha iniciado la reforma de la Contribución territorial.

Existe la creencia no ya entre el pueblo sino también en las altas esferas gubernamentales de que los labradores, por haberse visto en el trance de elevar el precio de sus productos, están aumentando sus ingresos hasta el punto de aumentar su riqueza. El hecho es, es en general, absolutamente inexacto, pues hay que considerar—y ya hemos insistido en otras ocasiones sobre este punto interesantísimo—que las que pudiéramos llamar primeras materias para la Agricultura así como la mano de obra se han encarecido en una mayor proporción que la sufrida en su alza por el precio de los productos de la tierra.

De modo que a los agricultores se tratará también de elevarles sus tipos de tributación, ya bastante elevados para lo que da de sí la Agricultura en España por el abandono y atraso en que la fueron dejando todos y cada uno de los Gobiernos.

Cualquier medida fiscal contra la propiedad de la tierra habría forzosamente de repercutir en el precio de sus productos. Que no hay ninguna razón, ni ley sin ella, que determine que la producción agrícola no haya de responder en sus precios a todos los gravámenes viejos y nuevos que sobre ella pese.

Resultado de esto será la rectificación de las tasas en los cereales elevando sus límites en la proporción debida en justicia.

Por su parte la Cámara de Industria de la provincia de Madrid, en lo que se refiere a la reforma de la contribución Industrial, así como a otros proyectos de Hacienda que directamente le afectan, siempre activa y atenta a los intereses de sus asociados, se reúne el lunes próximo para protestar contra tales disposiciones.

Pero entendemos nosotros que todas las protestas a posteriori no tienen ni pueden tener la fuerza de la advertencia y el ruego anticipado, porque no es lo mismo volver sobre un acuerdo que redactarlo ya en condiciones de equidad o no redactarlo ni tomarlo si se demuestra de antemano su injusticia y se señalan los perjuicios gravísimos que podrían irrogarse.

Las Cámaras Agrícolas y los Diputados agrarios tienen la obligación de estar al tanto de cuanto en ese sentido piense el Ministro de Hacienda y salirle al paso, llegado el momento oportuno, para evitar las consecuencias desagradables que en estas circunstancias pudiera tener una nueva elevación del precio de los cereales y demás productos de la Agricultura.

¿Será oída nuestra advertencia por quien debe y puede? Nosotros hemos lanzado el alerta y creemos haber cumplido con el deber que nos hemos impuesto de defender desde nuestra modesta tribuna periodística los intereses de la Agricultura.

JUAN DEL CAMPO

Ultima hora.

Regionalismo castellano.

(De nuestro corresponsal.)

BURGOS.—En el Palacio provincial se han reunido los Diputados para tratar del movimiento regionalista castellano.

Acordaron abrir una información de Ayuntamientos y entidades de la provincia, y llevar sus resultados como ponencia a la Asamblea de Diputaciones que se celebrará en esta capital, y a la que concurrirán las representaciones provinciales de León, Logroño, Palencia, Salamanca, Santander, Segovia, Soria, Valladolid y Zamora.

CASTILLA

“Fémina, inquieta y andariega,”

En Alba de Tormes y en Avila de los Caballeros estaban los ánimos que ardían en amor a Santa Teresa de Jesús. ¿Qué había sucedido?

Oid. Alguien mal intencionado sembró en Alba la especie de que los frailes carmelitas habían robado el cuerpo de la Santa, llevándose no se sabía dónde, y el pueblo entero, devoto de la Virgen de Avila, con cuyos restos incorruptos y perfumados se enorgullece, se echó a la calle, amotinado y terrible, protestando contra el supuesto robo.

En fin, el incidente adquirió proporciones tales, que tuvo que abrirse el sepulcro de la inmortal reformadora del Carmelo, para que Alba se convenciera de que era una mentira y una calumnia el rumor.

Estaba bellísima Teresa, a pesar de la edad en que murió. Su cuerpo se conserva tan perfectamente que más que muerta parece dormida y admiran sus cabellos tan hermosos....

El pueblo de Alba de Tormes se apaciguó después de desfilar ante el sagrado cadáver de sus amores. Y tornó a la simpática villa salmantina su tranquilidad de siempre.

Pero no acabó esto aquí. Al regresar a la Iglesia de la Santa—Convento de Carmelitas Descalzos—de Avila, edificado en el solar de la casa donde nació Teresa de Cepeda y Ahumada, la procesión de la Transverberación, no bien entró la imagen en el Templo, aún resonaban los vivos entusiastas de la multitud abulense a su Santa Teresa y subió al púlpito un elocuente y fogosísimo fraile teresiano, poniendo poco menos que por los suelos a Alba de Tormes; porque allí—se, ún él—se había injuriado a la Orden Carmelita en la persona de su general, entonces de paso en Alba.

Así que acabó su vibrante improvisación el religioso, repitieronse en la Iglesia los vivos atronadores a Teresa de Jesús y a Jesús de Teresa, y otros, también unánimes, a la Orden del Carmelo y a su digno y venerable general. Y después, en el humilde claustro del Convento, una comisión del pueblo de Avila se acercó al general y al prior, ofreciéndose para pedir que el cuerpo de Santa Teresa fuera traído a la ciudad en que nació y fundó el primer Monasterio de la Reforma Carmelitana.

En la Iglesia, en la calle, las viejecitas chillaban electrizadas

de entusiasmo, acariciando la idea de que volviera a Avila el amado cuerpo.

Es alentadora, hermosísima, verdaderamente admirable, la devoción cordial, profunda, arraigada, que se siente en Avila y en Alba por la gran Santa. ¿En qué alma no prenderá pasión delirante el recuerdo de esta mujer extraordinaria, símbolo y representación de la raza española, corazón hoguera de amor infinito, espíritu cumbre, dueño del tesoro más grande de idealidad que jamás poseyó alma alguna en la tierra, cerebro auto-didacto que sin ayuda de muchos libros, con el sólo instrumento de la contemplación, de la meditación, logró crearse una cultura tal que asombra?

El Nuncio en España de aquel tiempo, Monseñor Felipe Segà, llamó a Teresa: «Fémina inquieta y andariega». En verdad que lo fué, tanto en su vida—una intensa vida de labor de lucha, de inquietudes y de andanzas por Castilla y Andalucía—como después de su muerte, que su cadáver recorrió los caminos yendo de Alba de Tormes a Avila y tornando de Avila a Alba de Tormes. Sabido es que murió en esta última villa, entre las nueve y las diez de la noche del 4 de Noviembre de 1585. Se trasladó a Avila, en cuya Iglesia del Convento de San José estuvo nueve meses y fué restituído a Avila.

Pero el cadáver de Teresa no reposa completo en su tumba. Ha sido víctima de tremendas profanaciones innumerales. El corazón, fuera del pecho, se conserva en Alba también. En las memorias historiales de Fr. Andrés de la Encarnación (año MDCCLVII), detalla el modo como se arrancó el corazón de Santa Teresa. En los *Diálogos sobre la muerte de la madre Teresa de Jesús*, dice el P. Fr. Jerónimo Gracián que le cortó la mano izquierda. Esta debé ser la que se venera en Lisboa.

El P. Fr. Gregorio Naciañcenó chistó contra su voluntad, refirió el mismo Gracián, porque me decía que era aquel el mayor sacrificio que había hecho a nuestro Señor de sí, cortó el brazo del lado izquierdo, también para dejarlo en Alba cuando se llevaron los restos de la Santa a Avila. Hoy ese brazo está en Alba de Tormes, como el corazón y el cuerpo. En Roma hay un pie de Teresa. En Avila, en San José, enseñan y adoran una clavícula y en La Santa un dedo. En el